



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana, en la Solemne celebración Eucarística de  
Dedicación de la Capilla del nuevo Seminario San Carlos y San Ambrosio.**

**La Habana, 4 de noviembre de 2010  
Festividad de San Carlos Borromeo.**

Queridos hermanos y hermanas:

En este día de la fiesta de San Carlos Borromeo, se está desarrollando un rito cargado de signos para que este lugar, corazón de este Centro de estudio y oración, quede dedicado al culto sagrado del Señor, Nuestro Dios. Cada mañana, a mediodía y al atardecer se abrirán las puertas de este espacio que hoy es bendecido para acoger a los futuros sacerdotes de Cuba. Aquí participarán día a día de la Santa Eucaristía, rezarán o cantarán el oficio divino, y doblarán sus rodillas ante el Señor Jesús presente en el Santísimo Sacramento del altar. Como nos dice el salmo: “Dios vive en su santa morada, Dios prepara casa a los desvalidos, da fuerza y perdón a su pueblo” (Salmo 67).

Al abrirse las puertas del templo y entrar en él nos saltó a la vista la luminosidad de los vitrales que rememoran a los grandes pastores que fueron San Carlos y San Ambrosio. Luminosa es también la vida de cada uno de ellos, que acompañan ambos con su intercesión a este Seminario como excelsos patronos.

Pero, tan pronto como nuestro campo visual se abrió a la amplitud del aula, la mirada de todos confluyó hacia el altar que intencionalmente ocupa siempre el centro focal de la iglesia. Es sólido, está firmemente asentado sobre roca, la misma que fue necesario perforar duramente para construir este bello templo.

La mesa del altar simboliza a Jesucristo, que es, por la fe, el centro de nuestras vidas, la roca de nuestra salvación. “Todos tenían los ojos fijos en El”, nos dice el evangelista cuando narra el momento en que, al concluir la lectura del profeta Isaías en la sinagoga de Nazaret, Jesús se apropia el texto que había proclamado: “el Espíritu del Señor está sobre mí, me ha enviado a anunciar a los pobres la salvación... a los oprimidos la liberación”, y añade: “hoy se cumple esta Escritura que acaban de escuchar”.

Esto sucede en cada ocasión que nos reunimos para celebrar la Santa Eucaristía: Jesús nos repite que se cumple hoy para nosotros la Escritura que es proclamada en la celebración, también la que acabamos de escuchar ahora.

Porque todo el Antiguo Testamento, en sus textos proféticos, históricos o poéticos nos habla de Jesús en figuras, en imágenes que preparan sus caminos, que alientan nuestra esperanza. En ellos aparece el Mesías esperado, el Buen Pastor, el hombre de dolores, el Rey vencedor de mil batallas. Jesús parece hacer eclosión y lo sentimos ya cercano en los textos de la Escritura antigua y por esto siempre, antes de acercarnos al altar para celebrar el Sacramento, la Iglesia establece que se proclame la Palabra de Dios. Muchas veces se reunirán aquí ustedes, queridos seminaristas, y en cada ocasión celebrativa simple o solemne se proclamará la palabra revelada que hoy ha resonado por vez primera en este templo. Ha sido uno de los momentos culminantes de esta celebración, cuando la Palabra llegó procesionalmente hasta el obispo en manos de los lectores, para recibir la orden de proclamarla aquí de ahora en adelante.

Y como en tiempos de Nehemías se leyó el texto que todos deben entender, una palabra no sólo escrita, sino proclamada para que se convierta en Espíritu y vida para cada uno de nosotros.

La lectura del Nuevo Testamento en la liturgia de dedicación de una nueva iglesia nos hace reflexionar sobre el significado del templo en nuestra fe católica: el templo es el lugar sagrado donde se adora a Dios. Jesús amó el Templo de Jerusalén y sacó de sus atrios a mercaderes que habían convertido su casa de oración en cueva de ladrones, pero también en esa ocasión en que los judíos le preguntaron ¿qué signo nos muestras para obrar así?, dijo Jesús una frase que resultó enigmática para los sacerdotes y maestros de Israel:

“Destruyan este templo y al tercer día lo reedificaré”. Esta sería después una de las acusaciones de los sumos sacerdotes que lo llevaron a su condenación a muerte.

Nos dice el Evangelista San Juan que en aquella ocasión ellos no comprendieron lo que El decía, porque “el Templo de que Jesús hablaba era su cuerpo”.

Más tarde, cuando los discípulos vieron a Jesús totalmente destruido en la Cruz y resucitado y glorioso al tercer día, captaron claramente el significado de aquel anuncio. Comprendieron también entonces que el verdadero Templo de Dios no era el de Jerusalén ni ningún otro templo, sino Jesucristo, en quien habita la divinidad, que vive eternamente y es así templo vivo de Dios en el mundo, y somos los cristianos, al decir de Pedro en su primera carta, quienes entramos como piedras vivas en la construcción de ese templo espiritual del cual Cristo es la piedra angular. Por esto los primeros cristianos, perseguidos, o socialmente anónimos, no tenían templos, y se reunían en las casas. También nosotros hoy en Cuba lo hacemos así, porque puede haber templo de piedra sin iglesia, o sea, sin comunidad orante, pero puede haber iglesia sin templo, pues el cristiano sabe que con su vida y con su testimonio, en comunión con sus hermanos de fe, unidos todos en Cristo, construye el Templo de Dios en medio del mundo.

Todo esto es cierto, pero el Dios que es espíritu se encarnó en Jesucristo, se hizo visible y nos cuentan con estupor los discípulos en sus primeras predicaciones después de la Resurrección, al repasar su relación con el Maestro, de haber comido y bebido con Jesús, de haber palpado con sus manos la Palabra de vida. El Hijo de Dios, Hijo del hombre, como El mismo se proclamaba, tocó los ojos del ciego para devolverle la vista, tomó de la mano a la mujer enferma y la levantó, se hospedó en casa de Marta, María y Lázaro, sus amigos, mandó a preparar una sala adornada para celebrar la última cena con sus discípulos.

El templo es todo eso: lugar de encuentro con Jesús, la casa donde Jesús se hospeda y nos regala su amistad, la sala siempre adornada, con la mesa cubierta de manteles para celebrar la Cena del Señor, la Santa Eucaristía. Después de Jesús, después que Dios hecho hombre transitó por los caminos de nuestra tierra, el espiritualismo hebreo que prohibía hacer imágenes de un Dios que por espiritual no tiene contornos terrenales, quedó abolido: Jesucristo es hombre de nuestra historia y por eso su imagen representativa nos acompaña siempre, El preside desde la Cruz esta celebración y este templo, recordado en su acto sacrificial, la entrega de su vida por nosotros.

Y así los ritos que seguirán se centran en la santa humanidad de Jesús: ungiremos con óleo perfumado la mesa del altar. Cuando fue bajado de la Cruz el cuerpo muerto de Jesús y puesto en los brazos de María su madre, comenzó la unción del cadáver al modo de los judíos, que después de lavar los cuerpos exánimes, los cubrían de unguento y perfume. Nos narra el evangelio las cantidades de mirra y áloe que llevaban al amanecer del domingo las mujeres que iban al sepulcro a terminar de ungir el cuerpo de Jesús, cuando encontraron la tumba vacía. Ungir el altar con óleo perfumado es como ungir a Cristo muerto que resucitará glorioso. En el culto cristiano, que es la celebración de la muerte y resurrección del Señor en la Eucaristía, Jesús es sacerdote, víctima y altar. Sobre esta mesa se realizará el Santo Sacrificio Eucarístico, cuando Cristo presenta al Padre su única ofrenda de la Cruz. Después de ungir el altar se ungerán también las paredes del templo, donde se reúnen los cristianos que forman el cuerpo de Cristo, su Iglesia.

Pero antes de esta unción, las reliquias del mártir San Justo, que desde la procesión de entrada, llevadas por un sacerdote con vestiduras rojas, como la sangre que él derramó por Cristo, han estado colocadas entre dos cirios junto al altar, serán incrustadas bajo la mesa del mismo altar, haciendo de éste también un sepulcro. Será un recuerdo vivo de los antiguos cristianos de Roma que, perseguidos, celebraban la Eucaristía sobre las tumbas de los mártires, enterrados, según la usanza romana, en pasadizos bajo tierra llamados catacumbas. Los romanos acostumbraban celebrar algunas comidas sobre las tumbas de sus difuntos y los soldados romanos, supersticiosos y respetuosos a la vez del culto a los muertos, no extendían su celo hasta inspeccionar si sobre las tumbas se colocaban los platos y vasos para un refrigerio o el pan y el vino de la Eucaristía. Así se desarrolla en el tiempo el simbolismo del altar: al sacrificio de Cristo, que se celebra en la Eucaristía, se une el sacrificio de los cristianos, significado en las reliquias del mártir colocadas bajo la cubierta de la mesa del altar.

Después de la unción, el perfume y el humo del incienso llenarán el templo como cuando Moisés entraba en la tienda del encuentro, que quedaba envuelta en una nube, y allí Dios le hablaba.

Sobre la mesa consagrada se extenderán los manteles, se encenderán los cirios que nos recuerdan que Jesús nos proclamó a los suyos luz del mundo y se celebrará la Eucaristía por vez primera en esta capilla del Seminario San Carlos y San Ambrosio.

Toda la celebración se hace elocuente por sí misma, se acumulan los gestos y signos que nos hablan de la presencia actual de Jesucristo en el culto cristiano, de su centralidad en la vida de sus discípulos y en el quehacer de la Iglesia.

La celebración diaria de la Santa Misa será también el acto central de cada día en la vida del seminario, hasta que, con la gracia de Dios, cada uno de ustedes, queridos seminaristas, se acerque al altar de Dios, del Dios que alegra vuestra juventud, para presidir la acción sagrada de la que nace la Iglesia, en la que es enviada siempre a su misión. Para esta misión se preparan aquí los futuros sacerdotes en la paz, el silencio y la alegría que sólo conocen quienes saben que Dios nos ama. Esa experiencia de Dios debe tenerla el sacerdote para poder introducir a su pueblo en el misterio cristiano. Que esta nueva iglesia que dedicamos hoy sea, en medio de estas edificaciones, el lugar privilegiado de encuentro con Cristo para todos los seminaristas, formadores y profesores, y para cuantos entren en contacto con ustedes o visiten este lugar.

La imagen bendita de la Virgen María de la Caridad que tiene su sitio en nuestro corazón, lo tiene también en esta iglesia, con San José y el Santo Cura de Ars, Juan María Vianney, de modo que dondequiera se detenga nuestra mirada, encontraremos la santidad, la entrega al Señor, invitándonos a seguir ese camino. A esto los animo una vez más, queridos seminaristas.

Y a ustedes todos, queridos hermanos y hermanas, les pido que para que ellos sean fieles y sepan beneficiarse de la paz de este lugar de formación y de la belleza de este templo, recuerden cotidianamente en su oración a nuestros seminaristas y a sus formadores. Para todos los aquí presentes y para otros más que han contribuido de diversos modos a que el nuevo Seminario San Carlos y San Ambrosio sea una realidad, pido las mejores bendiciones del Señor.